

EXCELSIOR

Golpe Argentino

Algo más que Promesas

DE THE NEW YORK TIMES

Este es el editorial de The New York Times publicado el 25 de marzo, acerca de la situación argentina.

NUEVA YORK—Es una característica del escepticismo con que muchos argentinos ven los problemas políticos de su país, el que en la noche del martes pasado, la mayor parte de los bonaerenses hayan prestado más atención al juego de fútbol transmitido por la televisión que al derrocamiento de Isabel Martínez de Perón por las fuerzas armadas. El golpe de Estado se esperaba desde hace tiempo: lo único inusual en la rutina fue que esta vez cayó la única mujer que ha sido jefa de Estado en toda la historia del hemisferio occidental.

Una vez que quedó establecido que la señora Perón no renunciaría y que los legisladores peronistas ni siquiera se podían poner de acuerdo para reunir votos en número suficiente para destituirla, quedó de manifiesto que el golpe de Estado era inevitable. Nadie puede, en verdad, impugnar la declaración de la junta militar en el sentido de que el gobierno de la señora Perón había provocado un "vacío de poder" que amenazaba con llevar a la Argentina al borde de la desintegración económica y la anarquía política.

Es una ironía el que la señora Perón, al parecer, nunca deseó ocupar el puesto al que se aferró durante 21 meses como un homenaje a la memoria de su esposo y por lealtad al confuso movimiento político conocido como peronismo. Juan Domingo Perón impuso por la fuerza la designación de su esposa como su compañera de fórmula en 1973, a fin de evitar una división todavía más profunda entre las filas de sus seguidores.

Sin experiencia ni capacidad como estadista, la señora Perón, como Presidente, llevó a su culminación el proceso de alejamiento de la juventud peronista y del ala izquierda del movimiento, tendencias ambas que habían sido ya reprimidas por el propio Perón.

La señora Perón, en sus esfuerzos por frenar la inflación, sólo logró provocar a los poderosos sindicatos peronistas y, al apoyarse en José López Rega, se enajenó a muchos peronistas.



ES posible que, con el alejamiento de la señora Perón, el peronismo —esa mezcla heterogénea de fe, doctrina y misticismo que tanta confusión introdujo en la vida política argentina— finalmente pierda fuerza y desaparezca. Si así sucede, habrá que interpretarlo como una bendición. Pero aún así, permanecerán una serie de formidables problemas en un país donde las feroces agresiones, tanto de izquierdas como de derechas, han llevado a la sociedad a vivir jornadas de sangre y horror y donde, el año pasado, el índice de inflación superó el 350 por ciento.

Durante siete años, antes del regreso de Perón, los líderes militares argentinos fracasaron en sus intentos por resolver problemas que, en aquel entonces, no habían adquirido la magnitud y profundidad de los conflictos que vive ahora el país. Y ahora, con esa herencia de fracasos, los jefes militares deben empezar, partiendo de cero.

Ciertamente, estos generales y almirantes saben que hará falta algo más que meras promesas para alinear a Argentina "con el mundo occidental y cristiano"; saben también que se necesita algo más que solamente una política de inversiones externas más liberal, para unificar al país e inclusive para alejar la posibilidad de una guerra civil.

(C) 1976 The New York Times News Service